

buido un origen milagroso, á la única que sin razón para ello se hubiese salvado del doble naufragio del tiempo y del olvido. ¿Dónde estuvo la Santa Imagen antes del 12 de Diciembre de 1531? ¿Cómo se hicieron de ella el Sr. Zumárraga y Juan Diego? Los anteriores dueños de ella, los que la vieron pintar, los descendientes, discípulos ó amigos del pintor ¿porqué no reclamaron, por qué no pronunciaron al menos el nombre del artifice, cuando la devoción de los pueblos veneró como maravillosa la sobrehumana pintura?

Decir que el indio Márcos pintó la Imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe, no es más que una aseveración procaz y temeraria que no descansa en fundamento alguno, y que es contraria á la prueba evidente que los mismos caracteres de ella suministran de que esa maravillosa pintura tuvo un origen sobrehumano y milagroso.

## XXXIII.

**N**OS especiales caracteres que en el orden artístico distinguen la Santa Imágen de toda pintura humana, se fundan en hechos plenamente comprobados por la inspección ocular y el exámen pericial muchas veces repetidos.

Millones de ojos han visto la Santa Imagen é incontables veces ha sido examinada privada y distributivamente por fieles piadosos ó por impíos sin fe ni devoción, pero oficial; solemne y pericialmente, tres veces ha sido examinada la maravillosa pintura por las más altas eminencias del arte pictórico en México, desde el año de 1531 hasta el día de hoy.

A 13 de Marzo de 1666, á presencia del Virey Marques de Mancera y de los Sres. Dean, Arce-diano y Provisor, Jueces Comisarios nombrados para las informaciones por el V. Cabildo Sede Vacante, se reunieron en el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe D. Juan Salguero, D. Tomás Conrado, D. Sebastián López de Avalos, D. Nicolás de Fuen Labrada, D. Nicolás de Angúlo, D. Juan Sánchez y D. Alonso de Zárate, maestros de pintura examinados, aprobados y ejercitados en el arte con muchos años de crédito y aplauso; y habiendo bajado la Santa Imagen del Sagrario donde ordinariamente estaba, á un altar puesto en el plan del presbiterio, la vieron y reconocieron, así por el haz como por el embez, observaron el ayate ó lienzo tosco y ralo de la manta en que está pintada, y habiéndolo conferido y cotejado conforme á las reglas del arte dieron su dictámen pericial, declarándolo y jurándolo por ante el notario Apostólico y público D. Luis de

Perea. También emitieron su dictámen científico por lo que se refería á la conservación de la Santa Imagen, los protomédicos como entonces se les llamaba á los profesores de ciencias naturales, D. Lúcas de Cárdenas, D. Gerónimo Ortiz y D. Juan de Melgarejo, suscribiéndolo y jurándolo ante el propio notario Perea á 28 de Marzo del mismo año de 1666. Estos artistas y estos sabios naturalistas eran los mejores que entonces tenía la Nueva España.

Con motivo de la confirmación del Patronato Nacional que el R. P. López, S. J. se encargó de solicitar en Roma de la Santa Sede, el Arzobispo de México y la Colegiata de Guadalupe procuraron se hiciera una nueva inspección pericial de la Santa Imagen, y con este objeto reunieron el 30 de Abril de 1750 á los artistas para ello designados, que lo fueron D. Miguel Cabrera, D. José de Ibarra, D. Manuel Osorio y D. Juan Ruíz Morlete. A hora proporcionada, dice D. Miguel Cabrera, nos hicieron observar muy despacio, sin los embarazos del cristal la Sagrada Imagen, para que bien informados de las singulares perfecciones y conjunto de raras circunstancias que se observan en su pintura, juzgásemos según las reglas de nuestro arte si podían ser obra de la industria humana semejantes maravillas.» Además de los expresados, acompañaron á Cabrera á la

inspección y después suscribieron de conformidad su dictámen, los pintores D. Antonio Vallejo, D. José de Alcívar y D. José Ventura Arvaez.

Por mandato del Arzobispo, el pintor Cabrera imprimió por el año de 1756 su dictámen pericial con la aprobación de los otros seis pintores que lo acompañaron en la inspección, bajo el título de «Maravilla Americana.» Providencial fué que esa inspección pericial tuviese lugar en aquella época que corresponde al apogeo de la escuela mexicana, y por aquellos artistas los más insignes pintores que México ha tenido hasta ahora. El dictámen del gran maestro Cabrera, es no sólo admirable, sino que verdaderamente parece inspirado. Leerlo y releerlo es una delicia: Cabrera no era sólo una superioridad, sino una verdadera eminencia artística, que lo mismo manejaba los pinceles que la pluma. Su dictámen que en el orden literario es una obra clásica, en el artístico es la última palabra que se pronunciará sobre la maravillosa pintura de la Virgen Santísima de Guadalupe. Se presiente al estarlo leyendo que pasarán siglos sin quitarle ni agregarle una sola sílaba. Cabrera, honrado y piadoso, tenía un noble corazón á la altura de su talento. La Virgen Santísima que tan generosa es, le habrá pagado al ánima de Cabrera con creces, el celo y

ternura con que puso al servicio de su gloria, todo su amor y su génio el inmortal artista mexicano.

Finalmente en los años de 1785 y 1787 fué de nuevo pericialmente inspeccionada la santa y maravillosa Imagen de Nuestra Sra de Guadalupe, por seis pintores elegidos por el Dr. D. José Ignacio Bartolache, entre ellos D. Rafael Gutierrez y D. Andrés López, que eran de los más acreditados de México en aquella época. Dieron lugar á esta última inspección, los escritos que por entonces publicó el Dr. Bartolache suscitando dudas sobre la verdad del milagro y proponiendo hacer una contraprueba por decirlo así de la sobrehumana pintura, sacando tres copias de ella por tres hábiles pintores que procurasen ejecutarlas sobre tela y en términos iguales á los del original. Contraprueba ímpia y temeraria, que sólo sirvió para que la nueva inspección pericial y los resultados de tan triste ensayo, más confirmasen el milagroso origen de la maravillosa pintura!

Los hechos pues en que se fundan las apreciaciones artísticas de la maravillosa pintura de Nuestra Señora de Guadalupe, constan por el unánime testimonio de tres comisiones de peritos, que en años y aún siglos distintos, separadamente examinaron la Santa Imagen, y deben por tanto tenerse tales hechos como ple-

namente comprobados. Están además subsistentes y cada uno puede cerciorarse de ellos por el testimonio de sus propios sentidos.

## XXXIV.

**D**E las pruebas del milagro, lo más patente y permanente es la Santa Imagen misma. Según la frase del maestro Cabrera es tal el conjunto de raras circunstancias y singulares perfecciones que en ella se observan, que no puede ser una pintura humana. Su originalidad en la creación y ejecución, y el alcanzar los efectos artísticos postreros, no sólo fuera de ellas sino contra las reglas del arte mismo, la ponen más allá de todo origen humano.

La Santa Imagen lo es evidentemente de la Santísima Virgen, y sin embargo, en ningún tiempo ni país alguno había sido representada así. Algunos han creído que por alguna semejanza con la que bajo la igual advocación de Guadalupe se venera en Extremadura de España, se le llamó en México lo mismo: por lo que al nombre se refiere es una de las opiniones menos fundada, y respecto de la semejanza de una y otra Imagenes es opinión enteramente inexacta, pues no existe el menor rasgo de parecido entre ambas, de lo que es fácil persuadir-

se con solo verlas. La maravillosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de México, no pertenece á ninguna escuela conocida ni recuerda ninguna otra Imagen. Es por decirlo así, la efigie de la Santísima Virgen transformada en azteca y sublimando hasta el último grado que pueda alcanzar, la belleza de esa raza. Sería inexplicable que á un artista humano le hubiere ocurrido pintar la Imagen más conocida en el orbe fuera de todas las tradiciones; y sobre todo que lo hubiese logrado tan cabalmente, que ninguno al verla, en el curso de varios siglos dudase ni de que era Imagen de la Santísima Virgen ni de que era enteramente original.

Imposible además, le hubiera sido pintarla de una originalidad tal, que pudiese acomodarse á las ideas y sentimientos que después haría surgir en las almas, y á todas las tradiciones que más tarde habrían de consolidarse con respecto á ella. Mayor singularidad aún: estando fuera de todas las escuelas y tradiciones artísticas al mismo tiempo las comprende todas. Si bien se examina, la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe tiene algo de las antiguas imagenes griegas y orientales, de las primitivas pinturas latinas, de las imagenes de la Edad Media y europeas de los últimos siglos, de las pinturas egipcias y las aztecas. ¿A

qué artista humano le es dado adunar en una obra suya, todas las escuelas artísticas del mundo en todos los siglos, con una originalidad suprema de creación y composición? No el efectuarlo, sino sólo el pensarlo está evidentemente fuera de las lindes de todo poder humano.

Estas aseveraciones no pueden ser probadas en la manera común que otras verdades, porque como son impresiones que residen en el alma, no son susceptibles de demostración externa; pero basta contemplar la Santa Imagen, para sentir su verdad en el fondo del corazón.

## XXXV.

**N**O es menos admirable y singular en su ejecución la milagrosa pintura de la Virgen Santísima de Guadalupe.

Sustancial y absolutamente, no hay ni ha habido en el mundo más que dos géneros de pintura, al óleo ó al temple, es decir aplicados los colores con aceite ó sin él; pero como cuando no se usa de aceite, pueden aplicarse con colas ó gomas, con agua ó de antemano preparados, cuatro especies se distinguen de pintura como hace más de un siglo lo expresaba en su informe D. Miguel Cabrera, al óleo,

al temple, al aguazo y labrado al temple. Los posteriores descubrimientos han aumentado el número de sustancias capaces de servir de tela y las preparaciones para facilitar la aplicación de los colores, pero no han encontrado ningún género sustancialmente nuevo de pintura.

En la santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, sirvió de tela un ayate, que según el P. Sánchez está tejido con «ixtle» ó hilo de maguey, y según Clavijero con «icjotl,» es decir, hilo de palma. De todos modos como lo observa Cabrera, para una obra humana no podía haberse elegido tela más impropia. A lo que parece, en la maravillosa pintura de la Santísima Virgen de Guadalupe, están la cabeza y manos al óleo; la túnica y el ángel con las nubes que le sirven de orla, al temple: el manto de aguazo; y el campo sobre que caen y terminan los rayos, se percibe como de pintura labrada al temple. Jamás pintor alguno pensó en reunir en una sólo tela y obra los cuatro géneros de pintura, ni aún ocurriéndosele hubiera podido ejecutarlo, porque cada especie exige distintas preparaciones y éstas son contradictorias entre sí. Para pintar artística y duraderamente, cualquiera que sea el género de pintura es indispensable el aparejo, es decir la preparación destinada á recibir convenientemente los colores, pues sin ella éstos

no tendrían consistencia ni producirían el colorido deseado.

En el ayate que sirve de lienzo á la maravillosa pintura de la Santísima Virgen de Guadalupe, no existe aparejo ó disposición de especie alguna, como lo persuade el que un mismo aparejo no podría adaptarse á cuatro géneros de pintura que lo exigen cada uno distinto; y materialmente lo demuestra, el que á través de la tela se miran los objetos que están de la otra parte, y que vista á trasluz y por el reverso la pintura, se miran y transportan los colores que están en el haz de ella, siendo físicamente imposible lo uno y lo otro si se interpusiese la opacidad de cualquier disposición ó aparejo en el lienzo.

El adobo ó aparejo de la materia destinada á recibir los colores es tan necesaria para poder pintar al temple y tan adecuado para pintar con sujeción á las reglas del arte al óleo ó aguazo, que la falta absoluta de disposición de la tela en la pintura de Nuestra Señora de Guadalupe, era en sentir del insigne Cabrera, el argumento más poderoso y el que por sí sólo bastaba, para demostrar con toda evidencia el origen sobrehumano de la maravillosa Pintura.

## XXXVI.

**A**D. José de Ibarra, también pintor eminente, lo que más le persuadía el milagroso origen de la pintura era la inimitable perfección de ella. La perfección estética intrínseca de la Santa Imagen, es decir, su dulzura, su modestia, su unción, los sentimientos con que conmueve y las virtudes que inspira, son más para sentidas por las almas según su estado de gracia que para ser descritas, porque no caen bajo ningún criterio fijo y traducible por las reglas del arte. Las solas perfecciones que puedan hasta cierto punto ser apreciadas por éste, son las sensibles, como la proporción y composición, el dibujo, los trazos, y contornos y dintornos.

El dibujo de la Santa Imagen es tan acabado y perfecto, tan admirables sus contornos, tan singulares su conjunto y detalles todos, que hacían exclamar á D. José de Ibarra, en un noble arrebató de sinceridad: »En México han florecido pintores de gran rumbo, como lo acreditan las obras de los Chavez, Arteaga, Juarez, Becerra y otros de que no hago mención, que florecieron de estos ciento y cincuenta años ha—1600 á 1750;— y aunque vino á

este reino Alonso Vázquez, insigne pintor europeo, ninguno de los dichos, ni otro alguno pudieron dibujar ni hacer una Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe..... mas ésto no se consiguió hasta que se tomó el perfil á la misma Imagen original (el que tiene mi maestro Juan Correa, que lo ví y tuve en mis manos) en papel aceitado del tamaño de la misma Señora con el apunte de todos sus contornos, trazos y número de estrellas y rayos; y de este dicho perfil se han difundido muchos, de los que se han valido y valen hasta hoy todos los artífices. He dicho todo ésto porque no se entienda que en estos tiempos ha habido facilidad de hacer, como se hacen las imágenes, de algún modo parecidas al original en cuanto se pueda, y que los antiguos no pudieron; que ni ahora se pudiera si no hubiese dicho perfil. Prueba de que es tan única y tan extraña que no es invención de humano artífice sino del TODO-PODEROSO.»

Hoy pasa lo mismo que según el testimonio de Ibarra pasaba hace más de un siglo, los mejores artistas nacionales y extrangeros que en ello se han ocupado, no han podido hacer una copia directa del original, no sé diga igual pero ni aproximadamente parecida apesar de los muchos y nuevos elementos con que el arte pictórico cuenta, y de escoger y disponer ellos

la tela á su satisfacción. Siendo cierto por una parte que la perfección de la Santa Imagen es tan maravillosa que lo mismo esplende á los ojos de los ignorantes que de los inteligentes, y por la otra que hasta ahora no ha habido artista que no haya salido desairado en el desempeño de copiarla, el argumento de D. José de Ibarra que en ambos hechos se fundaba, es de una fuerza incontrastable.

## XXXVII.

**P**ARA D. Francisco Antonio Vallejo, el otro gran maestro que en unión de Cabrera é Ibarra, formó el triunvirato del arte en México durante el pasado siglo XVIII, distinta de las anteriores, era la razón más poderosa para persuadirlo del maravilloso origen de la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe.

Con Cabrera se asombraba de la falta absoluta de aparejo en la tela y del empleo en una misma obra de todos los géneros de pintura; y con Ibarra admirábase de la perfección artística de la Santa Imagen; pero nada le convencía tanto de su origen sobrehumano, como el que esa perfección resultase no sólo sin el empleo sino contrariando abiertamente las re-

glas más fundamentales del arte mismo. «Y aunque todo lo que en la Santa Imagen se advierte,—son palabras de D. Antonio Vallejo dirigidas á D. Miguel Cabrera—es un prodigio, ó por mejor decir muchos prodigios de la Omnipotencia; no obstante lo que á mí me arrebató más la atención es, el dorado y perfiles negros que rodean la fimbria de la vestidura de la Señora; por ser ésta una práctica tan desusada entre los pintores de crédito que antes han procurado desterrarla nuestros autores así en sus obras como en sus escritos, por lo que le quitan de buen gusto á las pinturas, y no sucediendo como sucede este inconveniente en nuestra celestial pintura cuando parece que de aquel antecedente era forzosa esta consecuencia, es á mi corto juicio ésta, una de las maravillas que allí vemos muy particular y rara, pues á mí me parece conformándome con lo que Vd. dice, que aunque el más diestro pintor quisiese ejecutar una pintura con la circunstancia de los perfiles, y al mismo tiempo con aquel no sé qué de la gracia que le dan á nuestra Guadalupana, le sería, digo, imposible por incompatibilidad que hay entre uno y otro extremo.»

El poderoso argumento de D. Antonio Vallejo sobre el admirable y buen efecto que contra las reglas del arte producen en la Santa Imagen los perfiles, adquiere mayor fuerza si se

atiende á la inexplicable manera con que algunos de esos perfiles se miran ejecutados, según lo advirtió el maestro Cabrera. «En la labor de la túnica advertí—dice éste—un rarísimo primor: éste consiste en que está perfilada por el contorno y dintorno, cosa que hallo por imposible que ningún hombre hiciera, porque es perfil como del grueso de un pelo poco más y es tan igual y con tal aseó y primor, que solo acercándose se percibe: por cuya dificultad ó imposibilidad de ejecutarlo en el modo que se vé, discurro que se ha omitido en las imágenes que se han hecho y se hacen: al menos yo hasta ahora no he visto ni oído, que se haya practicado.» Imposible es en efecto, porque no habría ojos, pulso ni pincel humanos, capaces de trazar una línea del grueso de un cabello, y dividirla en el sentido de su latitud en dos mitades iguales en todo el trayecto de su serpeo.

También el maestro Vallejo tenía razón. El efecto que en la Santa Imagen de Ntra. Señora de Guadalupe producen los perfiles y la manera en que se observan ejecutados, son una prueba indudable de su origen sobrehumano.

## XXXVIII.

EN una muy rara circunstancia convinieron los seis maestros que el año de 1750 cotejaron la Santa Imagen, y si bien se reflexiona, sea quizás de las que concurren en la maravillosa pintura, la más clara prueba de su origen milagroso.

Siete son los colores primitivos; pero indefinidas son las combinaciones que con ellos pueden hacerse, y por consiguiente, los matices que de cada color pueden alcanzarse. Lo que sí es humanamente imposible, es con un mismo colorido obtener colores distintos, es decir, conseguir simultáneamente distintos matices de un mismo color y aun colores esencialmente diversos, con una sola coloración. En la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe como desde hace siglos se viene observando, los colores que ella muestra son verdaderamente indefinibles, y ésto proviene de la diversidad simultánea de coloridos bajo una sola base de coloración. No se puede explicar porque tampoco se puede entender, pero es el hecho que el manto es azul y verde al mismo tiempo; la túnica morada y rosada; el rostro moreno, aperlado y gris-plomiso; y que en cada uno de es-